



OSCAR S. ARANDA

El lenguaje secreto de la naturaleza

—
Descubre la inteligencia y
las emociones de animales y plantas



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis queridos padres, Manuel Aranda y Rosa Mena,
por ser mi inspiración, mi apoyo y modelo a seguir.*

*A mi amada Mar Zuloaga, por ser la luz
de mi camino y mi energía de cada día.
Haces de mi vida un mundo de color.*

*A todos esos héroes anónimos que luchan
sin descanso por dar voz a los seres vivos
y por hacer de éste un mundo mejor para todos.*

Prólogo

Estimado lector, este libro es una ventana hacia un mundo plagado de vida, lleno de seres con emociones, que tienen familia, enfrentan desafíos, crean alianzas y toman decisiones al igual que nosotros. Le invito a acompañarme en un viaje repleto de anécdotas divertidas, de leyendas, tradiciones y curiosidades de la vida de algunos seres con los que he tenido la fortuna de toparme desde mi niñez hasta mi vida adulta.

Este viaje nos llevará por lugares maravillosos alrededor del mundo, desde las aguas del océano Pacífico, sus arrecifes y las selvas mexicanas, hasta las costas del mar Mediterráneo y la cordillera Cantábrica. Haremos escalas para echar un vistazo a las enigmáticas charcas, entraremos en nuestros propios hogares, buscaremos entre los libros de nuestras bibliotecas y detrás de los cuadros a seres que nos hacen la vida más cómoda y también más interesante, aunque la mayoría del tiempo nos pasen desapercibidos.

Ésa es mi intención: hacer visibles a los invisibles, dar protagonismo a aquellos seres que no tienen ni la fama ni la belleza para figurar en poesías, canciones o narraciones épicas y cuyas vidas son todo menos aburridas. Cuando me conozca un poco entenderá que lo mío no es una locura, sino una forma muy personal de ver la naturaleza y la vida misma, pues para mí todos somos iguales, no importa que tengamos

la forma de un helecho, el carácter de una mosca, la valentía de una hormiga o el corazón de una gaviota.

No se asuste, estimado lector, porque éste no es un libro sobre filosofía ni tampoco sobre ciencia. Se trata de un libro donde le demostraré que todos somos más parecidos de lo que creemos, siempre desde una perspectiva original y con sentido del humor. Quiero que se contagie de ese amor y esa admiración que siento por el mundo natural; de mi amor por los árboles y mi devoción hacia los animales que han marcado mi afortunada vida, repleta de circunstancias excepcionales y de encuentros tan fantásticos como inesperados.

Le invito a leerme y a conocerme. Sea usted bienvenido y espero que lo disfrute tanto como yo.

Introducción

¡Hola! Quienes me conocen un poco entenderán que lo mío no es una locura, sino una forma muy personal de ver la vida. Cómo no iba a ser así si desde muy pequeño encontré en la naturaleza un lugar donde jugar, realizar mis sueños y vivir fascinantes aventuras, pasando horas desconectado del mundo real y de las actividades típicas de mi edad. Dice mi madre que soy un naturalista por convicción propia, aunque el mérito lo tienen mis padres al inculcarme el respeto y el amor por el mundo natural.

Nací y crecí en México, y llevé una vida alegre aunque un tanto solitaria. Siempre que me era posible rescataba cuanto animal encontraba bajo la premisa de «mientras más feo, mejor», y aunque fuera a escondidas, los metía en casa, incluyendo mi habitación. Tarántulas, lagartos, aves, conejos, serpientes, ranas... La lista es interminable. Aunque a la mayoría de los animales los liberaba en el campo o en algún rincón de los jardines de mi casa, algunas veces no mantenía informada a mi madre en tiempo real sobre lo que hacía o los animales que llevaba, lo que le significó un cúmulo considerable de disgustos que seguramente le quitaron más o menos un mes de vida. No la culpo por enfadarse conmigo, debí haberla informado de que si entraba en mi habitación se encontraría a Matilda, mi querida rata de laboratorio que había adoptado hacía varias semanas, o que en el jardín estaba

viviendo una culebra que le había quitado a un niño cuando la llevaba dentro de una botella de plástico.

Mi madre siempre ha sido mi ángel guardián, y me ha defendido de los latosos de mis hermanos mayores y de algún que otro vecino. Ambos tenemos un vínculo muy profundo. Es a ella a quien debo agradecer incontables cosas, incluyendo mi amor incondicional hacia los gatos a pesar de mi alergia, lo que me provocó padecer asma desde la infancia. Pero toda esa tos, todas esas noches conectado a una mascarilla de oxígeno, todos esos ventolines, tantos días con los ojos llorosos y las narices mucosas valieron la pena. ¡Hola, soy Oscar y soy gathólico! ¡Un gran admirador y fiel esclavo de esa rara e irresistible mezcla de pelo, cariño y soberbia que nos resulta tan adictiva a los amantes de los gatos!

Usted podría imaginarse que vivíamos en el campo, en alguna zona rural o en una finca donde un montón de animales podían vivir y convivir perfectamente libres, pero no era así. La casa de mis padres es singular, con muchas puertas y escaleras por doquier, adaptada a las excentricidades de mi padre, pero bien podría describirla como una casa grande de dos plantas y que durante los años ochenta del siglo pasado estaba ubicada en las orillas de mi ciudad natal, León, en el estado de Guanajuato. Por aquel entonces, muy cerca de casa había grandes extensiones de campos sin urbanizar, por lo que no tenía que salir lejos si quería encontrar algún animalillo. De hecho, el jardín principal de la casa tenía suficientes árboles y vegetación para que llegaran aves y mariposas migratorias, y por debajo del portón entraban y salían lagartijas de cola azul que vivían en los descampados de alrededor.

En la entrada de la casa había un pequeño jardín con un montón de rocas y escondrijos que resultaban ser perfectos

para liberar a los bichos que encontraba. También, desde la habitación de mis padres, se podía llegar a un pequeño y húmedo jardín secreto al que tenía prohibido entrar, pero como buen niño que era, lo visitaba frecuentemente cuando nadie me veía. Ahí descubrí a las llamadas «culebrillas ciegas», unas serpientes negras del tamaño de una lombriz que me fascinaba atrapar para luego ver cómo se enterraban de nuevo, ayudándose de una pequeña espina que tenían en la cola. Recuerdo que también me dedicaba a levantar las piedras para encontrar sanguijuelas de tierra, caracoles, babosas e infinidad de tijeretas y bichos bola. ¡Era toda una aventura!

A veces, tras una copiosa lluvia, rescataba sapos del patio de la escuela antes de que los niños mayores los encontraran y los mataran, y en ocasiones intentaba negociar con ellos para salvar a otros animalillos, lo que me suponía donarles mi almuerzo, pues eso de quitárselos a la fuerza era algo que no se me daba bien. De hecho, ocurría justo lo contrario, pues por ser flacucho era un experto en atraer abusones, tal vez porque tenía prohibido hacer cualquier tipo de ejercicio por aquello del asma. Está claro que no era el niño más popular de la escuela y seguramente muchos me consideraban un poco raro, aunque eso no me importaba, pues la naturaleza siempre estaba ahí para darme energía.

Cuando crecí un poco, mis padres me permitieron dar paseos más largos con mi gran compañera de aventuras, una bicicleta roja Magistroni con freno de pedal. Así pude comenzar a explorar los campos que había alrededor de casa y cada día me iba un poquito más lejos con el fin de encontrar algún bicho nuevo. Ya fuera en una zona de grandes rocas, algún arroyo, hormigueros o grandes árboles, mi bicicleta

terminaba en el suelo y yo reptando por ahí. ¡Ahora comprendo por qué tengo las rodillas tan estropeadas!

Pero mi verdadera y más profunda pasión por la naturaleza surgió gracias a mi padre, cuando comenzó a llevarnos a la sierra de Lobos, una extensa serranía cubierta de bosques repletos de preciosos encinares y enormes acantilados que estaba a una hora de casa en coche y como a seiscientas horas en mi bicicleta porque era cuesta arriba. Según contaba mi tío José Mena, la sierra obtuvo su nombre porque alguna vez fue el reino del majestuoso lobo mexicano, una especie endémica de hermoso pelaje que por desgracia ya no habita ni siquiera en los rincones más apartados.

Mi padre adquirió unas hectáreas en los confines de esa serranía, ubicadas en lo más alto de una montaña que eligió precisamente por la dificultad que tenía su acceso. Ir a «Los Arandamenales» (como lo bautizaron en honor a los apellidos de mis padres) era una gran aventura obligada de todos los domingos, pues organizaban un agradable picnic que se alargaba hasta el atardecer. Para llegar, había que coger una carretera que bordeaba unos profundos barrancos. Yo lo disfrutaba enormemente porque podía ver por la ventanilla a las águilas volando en las alturas. Luego, cuando entrábamos por un largo y sinuoso camino secundario por el que no se podía ir a gran velocidad, mi padre paraba un momento y nos permitía a mis hermanos, hermanas y a mí subirnos al techo de la camioneta. Era muy divertido porque teníamos que ir esquivando las ramas para que no nos golpearan la cara. Mi hermano Manu, el mayor, que se sentaba delante, gritaba «¡Ramonal!» y todos nos agachábamos o girábamos para esquivar la rama. Lo malo es que como yo iba al final, ¡plas!, me daba a mí casi siempre. Poco antes de llegar al terreno

había que pasar por un estrecho puente que cruzaba un embalse, y hubo un día que mi padre se enfadó mucho con mi hermano Hugo, el más travieso, pues no se le ocurrió otra cosa que saltar al agua desde el techo de la camioneta sin tener idea de la profundidad, de si había ramas o rocas. Creo que fue una de sus pocas hazañas en las que milagrosamente no se hizo daño, porque era famoso por acabar siempre lesionado. Hugo me contó que el agua era cristalina y estaba llena de peces de colores, y yo durante años me lo creí. ¡Qué inocente!

Nada más llegar al terreno, todos recorríamos a pie los límites de la propiedad como si fuera un ritual, y luego mis hermanos y mi padre jugaban un poco al fútbol. Como yo no podía correr, acompañaba a mi madre y a mis hermanas a caminar por los alrededores, y a ratos me iba a alguno de mis rincones favoritos a jugar o a visitar animales que ya conocía. Recuerdo que veía unos lagartos muy raros, con cuerpos largos y patas cortas, y también unas hermosas serpientes de cascabel a las que, por supuesto, no me acercaba tras haberse-lo prometido a mi padre. Había ranas, madrigueras de conejos y, en particular, me acuerdo de una simpática rata canguro, un roedor de largas patas, con un mechón de pelo en la punta de su cola, al que le daba comida y no me tenía ningún miedo. Qué alegría verla salir de su escondite; sacaba su cuerpecito y se subía a una roca a comer las nueces que le dejaba. Como siempre la veía sola, me sentía su mejor amigo, y tal vez lo fui. Cuando toda la familia terminábamos de comer bajo las encinas, íbamos andando a alguna de las tres cañadas que había, donde corría un riachuelo que conectaba con otro y luego con otro más, bordeados todos por unos altísimos acantilados de roca donde anidaban cuervos y águi-

las mientras que en el agua veíamos las libélulas, las tortugas y las culebras de agua.

Conforme pasaron los años llegué a conocer cada rincón de esa serranía como la palma de mi mano. Así fue mi niñez, llena de barro, aprendizajes y rescates de todo tipo de animales silvestres, aunque dos veces al año ocurría el evento más esperado: ¡vacaciones! No importaba si era al norte, al sur, al este o al oeste, mis padres nos metían a todos en esa gran camioneta Ford amarilla con capacidad para diez personas tirando de un remolque, también amarillo, con todo lo necesario para acampar con ciertas comodidades durante una semana entera en los lugares más alejados de la mano del hombre y siempre plenos de vida y belleza. Nos daban un montón de juegos de mesa, música y comida, una distracción que no era suficiente para que los cinco niños resistiéramos las más de ocho o doce horas que duraba el viaje sin aire acondicionado.

Normalmente, su plan era alternar los sitios para acampar: unas veces en la playa y otras en la montaña. El mar estaba a 800 kilómetros de casa, en las costas del océano Pacífico, donde mis padres nos llevaban regularmente. Era un sitio mágico lleno de calas con grandes olas, y una playa tan larga que un solo día no era suficiente para recorrer a pie toda la extensión cubierta de arena suave y que, sin importar que fuera de día o de noche, estaba plagado de vida. Ahí tuve mi primer encuentro con las tortugas marinas, los murciélagos y las mofetas. A veces me topaba con otros seres peligrosos o venenosos, pero en mi inocente niñez lo ignoraba, como aquella ocasión en que vararon varias decenas de serpientes marinas de un hermoso color negro y amarillo y que intentaban infructuosamente volver al agua, por lo que las recogía

con las manos, las metía por montones dentro de mi camiseta y así las transportaba para lanzarlas una a una lo más lejos posible de regreso al mar. Muchos años después me enteré de que no existe antídoto para contrarrestar los efectos de su veneno. Qué suerte tuve de que no me mordieran. A veces pienso que detrás de mí va un batallón de ángeles para salvarme de mis imprudencias animalescas.

Un día alguien me dijo que lo nuestro no era «normal» y que en mi familia éramos muy «raritos». El motivo de que mis padres nos llevaran a esos sitios tan recónditos fue algo que ni siquiera me había planteado porque para mí eso era lo más normal del mundo, ya que siempre han sido unos grandes e insaciables aventureros, y en aquellos tiempos, México era un país muy seguro donde se podía disfrutar de la vida al aire libre, sin miedo de toparse con cazadores o con narcotraficantes. Si eso es ser «raro», ¡que viva la rareza!

Creo que, además de ese gran amor por la naturaleza, había dos razones de peso para que mi padre eligiera esos sitios tan singulares. La primera es que es un gran fotógrafo, una pasión que pudo compaginar perfectamente con su absorbente trabajo como médico cirujano y catedrático en la Facultad de Medicina, aparte de otras muchas actividades. Aún no me explico cómo encontraba el tiempo y la energía para hacerlo todo. Su segunda gran razón era pasar más tiempo con nosotros sin preocuparse por que le llamaran por teléfono para atender alguna emergencia médica. Imagino que tener que enfrentarse todos los días a tantas situaciones dolorosas, así como el trato tan cercano y continuo con los pacientes, hacían que necesitase poner distancia y desconectar. El contacto con la naturaleza debió de ser su medicina para sanar su cuerpo y su espíritu, algo indispensable para

poder seguir salvando vidas. ¡Cuántos viajes, cuántas aventuras y cuántos accidentes tuvimos, aunque todos con afortunados finales felices!

Seguí creciendo, logré salir vivo de la complicada etapa de la adolescencia y llegó el día en que descubrí que dentro de mí llevaba atrapado a un biólogo con alma de veterinario y espíritu explorador. Así que, llegado ese momento, mis padres me apoyaron, como siempre lo han hecho, para mudarme lejos de casa y comenzar mis estudios profesionales. Vaya fiestón que hubieron de celebrar cuando su hijo más pequeño y el último salió por la puerta de su casa. Me los imagino brindando y saltando de alegría mientras gritaban: «¡Por fin solos, por fin solos!».

Comencé a estudiar biología en la Universidad de Guadalajara, donde experimenté por primera vez lo que era un seísmo de gran magnitud en un quinto piso. Mientras todo el mundo salía corriendo, aunque no lo crea el lector, yo salí al balcón y lo disfruté. Cada día aprendía cosas sorprendentes y aproveché cada momento y cada curso, salvo la biología molecular, que era mi gran dolor de cabeza.

Mi interés por los peces de arrecife me llevó al campus universitario ubicado en la paradisíaca ciudad de Puerto Vallarta, un famoso destino turístico enclavado en una de las bahías más grandes, profundas y hermosas del océano Pacífico Oriental. Ahí pasé incontables horas bajo la superficie del mar, donde por necesidad y un poco de cabezonería mía siempre rompía la regla de «nunca estar solo». Gracias a ello tuve algunas de las experiencias más increíbles, arriesgadas y espiritualmente enriquecedoras que me llevaron a concluir que los ángeles también cuidan de nosotros bajo el agua.

Aunque disfrutaba mucho trabajando a 15 metros de pro-

fundidad mientras escuchaba los hipnóticos cantos de las ballenas jorobadas, la vida me tenía preparado otro camino cuando descubrí las terribles injusticias a las que las tortugas marinas se enfrentaban (y aún se enfrentan) todos los días. Tras presenciar un acto muy cruel que evitaré mencionar por lo desagradable que fue, algo en mi cabeza y en mi corazón hizo «clic» y decidí dedicarme en cuerpo y alma a protegerlas. Así comencé a especializarme en ellas y pude dedicarme profesionalmente a estudiarlas, entenderlas y protegerlas durante más de doce años hasta que tuve que dejarlo abruptamente y me vine a España.

Fue así como fundé en Puerto Vallarta un proyecto que daba protección a las tortugas marinas. Con mucho esfuerzo conseguí que participaran los militares, las autoridades locales, la policía, las grandes cadenas hoteleras y un montón de voluntarios anónimos que me hacían posible seguir adelante. Por primera vez conseguí que todas las partes involucradas trabajaran de forma coordinada. Funcionó tan bien que en pocos años ya abarcaba prácticamente todo el territorio costero municipal y todos hacían sorprendentemente bien la parte que les correspondía. «Ya llegó el biólogo», decían cuando me presentaba en la base naval militar o en la base de la policía para dar cursos y formación para el manejo de las tortugas y sus nidos.

Me sentía arropado, seguro y muy afortunado porque cada vez eran más los nidos que se protegían y también porque lo podía complementar perfectamente durante el invierno con mi otra pasión, las majestuosas ballenas jorobadas, a las que me dedicaba profesionalmente y con las que también viví incontables aventuras. Así que cuando terminaba la temporada de tortugas, las ballenas comenzaban a llegar a la bahía, y vi-

ceversa. Ya fuera con unas o con otras, me pasaba todo el tiempo en la playa o en el mar.

El narcotráfico es, por desgracia, un cáncer que se ha ido extendiendo por México. Puerto Vallarta comenzó a sufrirlo de forma notoria a mediados de la década del 2000, y alguna de las zonas que yo patrullaba empezó a ser frecuentada por sus redes. Por desgracia, hay muchos intereses ocultos y poderosos detrás de las tortugas marinas, como el comercio ilegal con sus huevos y su carne, pues existe la tonta e infundada creencia de que los huevos de tortuga son afrodisíacos. ¡Venga ya, señores! A eso hay que sumar el hecho de que su carne es también muy apreciada y consumida en ciertas esferas (como los narcotraficantes) como muestra de poder, ya que es una especie en peligro de extinción, cuyo consumo es un delito federal. Mientras sirven estofado de «caguama» en sus fiestas, exhiben jaguares en sus jardines.

En una sola noche, en plena temporada de anidación, podían salir a la playa varias decenas, hasta cientos de tortugas golfinas para depositar sus huevos; un proceso que les lleva unos cuarenta y cinco minutos de esfuerzo y en el que son totalmente vulnerables. Algunas tortugas anidaban en playas donde había hoteles con vigilancia, pero muchas otras lo hacían en playas solitarias, por lo que cualquier persona podía hacer lo que quisiera, desde robar unos cuantos huevos hasta coger directamente a la tortuga adulta y huir. Yo solía patrullar esas playas en una cuatrimoto; en ocasiones me acompañaba algún policía o un inspector municipal de medio ambiente, pero en general lo hacía solo. A veces llevaba las luces largas encendidas y la radio con la frecuencia de la policía a todo volumen para disuadirlos. Cuando veían las luces a